

## LA SENCILLEZ EVANGÉLICA SEGÚN SAN MATEO

La sencillez siempre ha sido un valor para los cristianos. Se la pondera desde los orígenes del cristianismo hasta en las modernas espiritualidades<sup>189</sup>. Lo paradójico es que siendo un tema tan común en la historia de la espiritualidad cristiana, sea tan poco estudiado en sí mismo. Recientemente se ha indicado esa laguna en relación con la sencillez como dimensión de la espiritualidad monástica<sup>190</sup>.

Buscando las raíces de la sencillez cristiana, uno se da cuenta de que es difícil determinar concretamente en qué consiste esta virtud evangélica, pues, como veremos, en los evangelios explícitamente se la nombra muy poco y está íntimamente vinculada a otras virtudes inculcadas por el Señor. Por ello, hemos preferido salir a su encuentro a través del Evangelio de san Mateo, dado que este evangelista es quien más ha tratado de explicitar las disposiciones necesarias para el Reino. Así, nuestro tema lo encontraremos principalmente en el Sermón de la Montaña (5-7), y en el discurso del capítulo 18 sobre el Reino.

Mateo emplea dos veces el término “sencillo”. No obstante la Iglesia siempre lo ha reconocido como modelo para los cristianos en las figuras del pobre y del niño. Nuestro estudio analizará primero estos textos, para pasar después a estas dos figuras, elaborando luego una síntesis de los distintos elementos descubiertos.

### 1. TEXTOS EXPLÍCITOS: 6, 22 y 10, 16

En ambas ocasiones el primer evangelista pone explícitamente en boca de Jesús la palabra “sencillo”. La primera vez, es el conocido verso del Sermón de la Montaña: “Si tu ojo es sencillo (*aploos*), todo tu cuerpo será luminoso”. El adjetivo *aploos* se refiere, no directamente a una actitud evangélica sino al estado del ojo. Por eso se lo suele traducir, en las versiones modernas, por las palabras “sano” o “bueno”.

Sin embargo, el uso de la palabra aquí tiene su importancia. El contexto inmediato es una exhortación al desprendimiento evangélico: “Donde está tu tesoro, allí está tu corazón... Nadie puede servir a dos señores... No se puede servir a Dios y al dinero... Busquen primero el Reino de los cielos y su justicia... no se preocupen del mañana” (6,21. 24. 33. 34.). El ojo “sencillo”, con la claridad de su visión, es un símbolo de esta actitud de rectitud, confianza y abandono en las manos del Padre celestial. San Pablo usará la misma palabra griega en sus cartas, para indicar la actitud de alegre apertura, generosidad y confianza en la misericordia del Padre, que debía orientar la vida de la Iglesia primitiva.

El Sermón de la Montaña constituye el contexto mayor de 6,22. Nos indica, desde ya, la orientación general de la sencillez evangélica y varios de sus temas anexos: pobreza de espíritu (5,3 s.), la apertura a la Palabra de Dios (5,13-16 y 7,7-27) con la pureza interior contra la doblez farisaica (5,17-6,18).

El segundo texto se encuentra en el discurso misionero del capítulo 10. Jesús declara a los discípulos el medio difícil al que los envía, y les señala la conducta que han de tener. De las palomas, han de imitar su simplicidad (10,16). El término “akeraios” significa lo que no tiene

---

<sup>189</sup> *El pastor de Hermas*, Vis. 3,8. 5; Mand. 2.

<sup>190</sup> Cf. LECLERCQ, J., *Cultura y vida cristiana*, Salamanca, 1965, p. 252.

mezcla, lo puro: sería el correspondiente a sencillez.

El substrato hebraico, tanto de *aploos* como de *akeraios* debe ser *temimin*: término amplio que significa perfecto, piadoso, tratable, afable, etc. Los discípulos tendrían que tener la perfección de la paloma, que es precisamente la simplicidad, como así también ojos perfectamente sanos para ver y manifestar la claridad del Señor. En ambos casos, el Maestro nos habla de una conducta: los discípulos deberán oponer la sencillez de la verdad, sin doblez, a la astucia de los lobos, sus enemigos.

Muy relacionada con estos usos explícitos del término “sencillez”, tenemos la realidad encarnada por las figuras de los pobres, y los niños, pues de ambos es el Reino de los Cielos (cf. 5,3 con 19,3 y 5,8 con 11,25).

## 2. LOS POBRES

Respecto de los pobres, se ha escrito mucho y muy bueno; para nuestro propósito baste recurrir a las Bienaventuranzas, en las cuales se expone el nuevo espíritu del Reino. Ellas son un recurso pedagógico de grafismo oriental, en donde no hay una diferencia conceptual rigurosa entre sí. De esta manera las nueve bienaventuranzas que pone Mateo son una ampliación de la primera (5,3). En ella Jesús recoge la palabra “pobre” con el matiz moral ya perceptible en *Sofonías* 2,3, hecho aquí explícito por la expresión “en espíritu”. Indefensos y oprimidos los “pobres” o los “humildes”, están a punto para el Reino de los Cielos: tal es el tema de las Bienaventuranzas.

Mateo utiliza el término griego *ptojos* para nombrar al pobre. Esta palabra designa, primeramente en la legislación mosaica, a los que no poseían tierra (*Ex* 22,24; *Lv* 19,10; 23,22). Eran las gentes pobres en sentido material, sin influencias sociales, desprovistas de apoyos, y frecuentemente explotadas y humilladas. De esta afinidad de conceptos, sucedió el que sean tratados como sinónimos en el paralelismo poético, y que los LXX traduzcan la palabra “pobre” o “humillado”, indistintamente por su correspondiente griega.

Después del destierro babilónico, a la noción de pobre, se le agrega el de la persona que confía en Yahvé. Así se aproximan y asimilan los conceptos de pobre y piadoso.

La expresión “pobres de espíritu” de Mateo, pone el acento en la condición humilde de los pobres, más que en una efectiva carencia de riquezas como enseña Lucas 6,20-24. La pobreza en san Mateo impide tener la arrogancia y la seguridad en sí mismo, características del rico.

Esta palabra, para Gelin, se halla vinculada a un tema central del pensamiento de Jesús: la crítica al fariseísmo. El fariseo se cree artífice de su salvación; está convencido de que su justicia es una técnica humana; rebosante de voluntarismo, construyó por sí mismo su propia santidad y prepara las espigas que el Segador Divino no tendrá más que recoger. Para nuestro tema es significativo que santa Teresita del Niño Jesús haya descubierto a través de la crítica paulina al fariseísmo, el camino de acceso a la infancia espiritual<sup>191</sup>.

Vista desde la pobreza, la sencillez aparece así como condición para recibir el Reino; es una conciencia de la propia impotencia, indigencia, y necesidad de salvación. Sencillo es aquel que confía absolutamente en Dios, sin apoyarse en sí mismo; el indigente cuya humildad le lleva a mendigar, sin cesar la ayuda divina; precisamente en su confiada necesidad está su aptitud para el Reino. Para ser discípulo de Jesús, igualmente se exige esto; baste recordar al joven rico (19,21) a quien se le pide no sólo esta típica apertura del pobre hacia Dios, sino también la efectiva carencia de bienes materiales que testimonian esa otra mayor dependencia que es la pobreza espiritual.

---

<sup>191</sup> GELIN, A., *Los Pobres de Yahvé*, Nova Terra, Barcelona, 1963, pp. 126-127

### 3. LOS NIÑOS

El pobre de espíritu encuentra su símbolo más completo en el niño, abrazado y bendecido por Jesús. El tema viene del Antiguo Testamento, y se prolonga en los evangelios. Siempre es considerado como beneficiario del favor y protección de Dios, baste señalar que Jesús le prodiga uno de los más importantes gestos mesiánicos: la imposición de las manos.

Lo que primero resalta de los textos evangélicos, es que el ser niño es una condición para entrar en el Reino (Mt 18,2-3; 19,14; Mc 10,15; Lc 18,17). En Mateo se pone el acento en el aspecto activo, se habla de “hacerse como...”, en cambio en Marcos y Lucas se insiste en “recibir el Reino como...”.

Importa la forma de Mt 18,2-3, pues descubre el aspecto dinámico para el cristiano: “Yo os aseguro: si no cambiáis y no os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos”. La niñez es algo que se ha de alcanzar; es buena, deseable, y tan importante como para ser condición de admisión. La imposición de manos (19,15) significa, además, que el niño tiene una misión especial que cumplir en nombre de Cristo y del pueblo de Dios.

Hay que tener en cuenta lo que para el tiempo de Jesús significaba el niño. Para el derecho antiguo, el niño no era persona pleno., jurídicamente hablando. Es propiedad de otro, tiene una autoridad por encima suyo, carece de independencia para actuar, etc. Por eso son significativas las palabras empleadas en este lugar: *paidos*: niño, siervo; y *nepiois*: pequeño.

Estos rasgos jurídico-sociales lo equiparan a otras realidades del tiempo de Jesús, como son el pobre, el humilde, y las viudas. Todos ellos tienen en común su dependencia respecto de otro ser para subsistir. Este rasgo de la niñez es el que lo hace apto para simbolizar a los que entran en el Reino. Al igual que el pobre, su dependencia hace que el reino ya le pertenezca (5,3 y 19,3). Por eso, el Padre se revela a los pequeños y no a los sabios y prudentes del mundo (11,25).

Los niños son los que saben reconocer a Jesús y por su intermedio se nos revela el Hijo. Esta parece ser la misión implicada en la imposición de las manos. Así en 21,15 los niños y pequeños son los que cantan el “Hosanna al Hijo de David”. Esto es en oposición a los grandes y sabios de este mundo, aquí personificados por los Sumos Sacerdotes y los escribas. Este texto cita al Salmo 8,3 (LXX) en el cual se dice que Dios confunde a sus enemigos por boca de los niños. Ellos tienen ojos para ver, y reconocen a su dueño, manifestándolo así a los hombres.

De Mt 18,2-6 se desprende que existen distintos tipos de niños, los nombrados en el v. 4 corresponderían más bien a los discípulos, en cambio los del v. 3 serían los niños de poca edad a los cuales recurre Jesús para ejemplificar su enseñanza. Teniendo en cuenta el contexto del pasaje –polémica sobre el mayor– Jesús señala la condición para ser el mayor en el Reino: el que se haga más pequeño. Este tipo de niño corresponde a los discípulos a quienes se dirige Jesús, y enseña, como contraposición a su disputa, a transformarse dejando toda ambición y envidia. Así la pequeñez en el Reino indicaría la mayor preeminencia del ciudadano, lo cual nos señala una ley de jerarquía en el Reino dada por la pequeñez.

Pero el niño tiene algo grande y trágico a la vez: es su vulnerabilidad. El Evangelio muestra que Jesús se hace cargo de esta situación. Mt 18,5-6 recoge esta paradoja. El problema es el escándalo, al cual parecen: muy propensos los niños. Es un riesgo de la condición de ser cristiano en peregrinación. Puede provenir de la propia malicia como de la provocación ajena. Jesús condena tanto a la una como a la otra, pero en este pasaje pareciera destacar lo vulnerables que son los pequeños en este aspecto, y entonces promete un gran castigo para quienes se aprovechen de ésta, su aparente debilidad.

Por el contrario, en 18,10-11 aparece explícitamente el privilegio que tienen estos pequeños. El favor especial de Dios está señalado mediante los ángeles que ven continuamente el rostro del Padre. Es un viejo tema que viene del Antiguo Testamento e indica una protección constante y especial por parte de Dios, a causa de su pequeñez. Esto es lo que hace que el sencillo, si bien puede aparecer como más vulnerable, tiene una sabiduría de Dios que lo protege.

Para ilustrar todo esto, Mateo cambia explícitamente en 18,12-14 el uso de la parábola de la oveja perdida, que en Lucas (*Lc* 15,35) va dirigida contra los escribas y fariseos, utilizándola para mostrar la solicitud de Jesús para con los pequeños. Está dirigida a los discípulos a quienes transmite el encargo recibido del Padre de que no se pierda ninguno de estos pequeños para quienes hay que tener un cuidado especial. Esto queda definitivamente consagrado en la conclusión del discurso escatológico, sobre el juicio final (25,40) que es propia de este evangelista, en que Jesús mismo se identifica con estos hermanos más pequeños.

La sencillez, así vista desde la niñez, aparece como una condición para entrar en el Reino de los Cielos (18,2-3; 19,14), es una dependencia total en las manos de Dios. Puede hacernos aparecer vulnerables (18,5-6), pero goza de una especial protección del Padre (18,10-11) y de los discípulos (18,23). La sencillez reconoce a Jesús (11,25) quien por su medio se manifiesta a los hombres (21,15-17), e identifica con ellos (25,40).

#### **4. VISIÓN DE CONJUNTO**

En nuestro intento de especificar los rasgos de la sencillez cristiana en el Evangelio de san Mateo, vimos que Jesús se sirve poco de la palabra “sencillo”. En general, Jesús apunta a una realidad espiritual, una actitud interior o disposición preliminar necesaria para entrar en el Reino y crecer en él. Esta actitud interior está en la trama de los discursos del

Sermón de la Montaña (5-7) y del Reino (18). A lo largo de estos discursos, Jesús contrapone la actitud que él exige de sus discípulos, al espíritu legalista de los fariseos. “Los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos” (20,16; cfr. 5,20. 37; 6,6. 16; 7,21; 19,24. 30; 20,26). Adaptándose a su auditorio, Jesús propone tres ejemplos concretos de la disposición fundamental que él busca: el ojo sano, el pobre, y el niño.

La pobreza espiritual es uno de los temas básicos del Sermón de la Montaña. La infancia espiritual es promulgada en el discurso del capítulo 18. Subyacente a los dos temas, la actitud espiritual de la “sencillez”, simbolizada por el ojo sano, puede muy bien ser considerada como la disposición fundamental predicada por Jesús como necesaria para ser su discípulo. Cuando Jesús exhorta a hacerse como los niños para entrar en el Reino, está ponderando la cualidad del infante, y cuando dice que el Reino de los Cielos es de los pobres de espíritu está ponderando el reconocimiento, por parte del hombre, de la propia dependencia, o incapacidad de alcanzar el Reino por su propio esfuerzo. Jesús pide la capacidad de recepción que tienen los niños para entrar en el Reino que pertenece a los pobres. Así, la sencillez se plasma tanto en la dependencia, debilidad o indigencia del pobre, como en la confianza, despreocupación, y abandono del niño. Esta confianza, alegre y humilde, es el ojo “sencillo” del creyente.

Resumimos aquí sus rasgos principales:

##### **Dinamismo**

Mientras *Mc* 10,15 y *Lc* 18,17 enseñan que hay que recibir el Reino como niño, Mateo subraya el aspecto activo: hay que hacerse como niño. De modo análogo, el joven rico tiene que hacerse pobre para seguir al Maestro (19,21). La sencillez evangélica es objeto y fruto de un cambio de mentalidad. Entre la conversión y el Reino se interpone la sencillez del evangelio.

## **Dependencia**

El pobre y el niño son, por definición, dependientes de otros en el vivir y subsistir. La exhortación a los hijos de Zebedeo a “hacerse siervo” (20,27) recalca este estado de sumisión, junto a lo que implicaba “niño” en el derecho antiguo. La misma palabra, *paidos*, puede significar niño o siervo. La sencillez se entremezcla así con la teología del “Siervo de Yahvé”, y vislumbramos la disposición fundamental de Jesús: “No discutirá ni gritará, y nadie oirá su voz en las plazas” (12,19, cf. *Is* 42,3). La sencillez del evangelio refleja el corazón de Jesús y tiene valor redentor.

## **Dignidad**

Las Bienaventuranzas muestran la dignidad del pobre. Le pertenece el Reino (5,3). El niño también tiene derecho de entrada (18,24; 19,14), pero recibe además, la protección de un ángel personal (18,10) como mediador entre el Padre y él. De modo misterioso, Jesús se identifica con el pobre (25,35-45) y con el niño (18,5). Así la sencillez del evangelio ennoblece al hombre con la dignidad real.

## **Conocimiento espiritual**

La alabanza “Joánica” de Jesús en *Mt* 11,25 basta para indicar que el evangelio se revela solamente a los “pequeños” de espíritu. Aquí no se trata del niño, sino de la sencillez de los discípulos. La bienaventuranza de 5,8 muestra que el conocimiento del Padre es también privilegio de los pobres: “verán a Dios”. La sencillez del evangelio se abre así a la revelación de la vida íntima de Dios, en la cual el Padre se comunica con toda transparencia al Hijo (11,26) y esta transparencia se plasma en la humanidad de Jesús, paciente y humilde de corazón (11,29). La sencillez se hace sabiduría.

## **Misión**

La imposición de manos de 19,15 significa que los sencillos tienen una misión que cumplir entre sus hermanos. Creemos ver esta misión en el testimonio que dan de la vida íntima del Padre y del Hijo, de la cual participan (11,26) y proclaman (21,15). Jesús, manso y humilde de corazón, se nos hace particularmente presente en ellos.

## **Vulnerabilidad**

Es un aspecto de la dependencia del sencillo. Podríamos decir que es el precio de su dignidad. Una cierta ingenuidad los torna fácilmente escandalizables. Para contrarrestar este peligro, Jesús manda a sus seguidores tener un cuidado especial de estos “pequeños que creen en mí” (18,6-14). Lejos de ser despreciables (18,10), los sencillos deben ser objeto de la solicitud pastoral de los apóstoles (18,14).

## **Jerarquía**

Un rasgo final de la sencillez cristiana según san Mateo, es el hecho que esta disposición interior sea el criterio de los más altos puestos en el Reino de los Cielos. No sin cierta ironía, Jesús repite sin cesar esta advertencia, a sus discípulos y a los fariseos. Por otra parte, los más altos puestos implican mayores responsabilidades (5,13), y mayores sacrificios (20,23-28). La sencillez del evangelio se muestra así como criterio central de la vida del Reino.

Podemos concluir nuestro breve estudio refiriéndonos a la Iglesia postpascual. La “sencillez de corazón” aparece inmediatamente como calidad sobresaliente de los primeros cristianos (*Hch* 2,4; *Col* 3,22; *Ef* 6,5). San Pablo la inculca como rasgo de la generosidad cristiana (*Rm* 12,8; 2

Co 8,2; 9,11. 13). La sencillez es la dimensión interior del que cree en la generosidad del Padre.

Su posición central se revela en 2 Co 11,3: “La sencillez debida a Cristo”. Íntimamente vinculada con la fe, la sencillez puede describirse como el aspecto afectivo de ella. La alegría y sencillez del corazón del cristiano (*Hch 2,46*) reproduce así la mansedumbre y humildad del corazón en el que cree, confía, y ama (11,29).

*Azul (Argentina)*

## **BIBLIOGRAFÍA**

### **Introducción**

Ver: HAAG, A. y otros, *Diccionario de la Biblia*, Herder, Barcelona, 1963, cols. 1336-1337.

– LEON-DUFOUR, X., *Vocabulario de Teología bíblica*, Herder, Barcelona, 1967, p. 752.

– ROBERT, A., FEUILLET, A., *Introducción a la Biblia*, t. II, Herder, Barcelona, 1965, pp. 172-198.

– SCHMID, J., *El Evangelio según san Mateo*, Herder, Barcelona, 1967, pp. 109-110.

– CABA, J., *De los Evangelios al Jesús histórico*, BAC, Madrid, 1971, capítulos III, V, VI.

– Comentario Bíblico “*San Jerónimo*”, t. III, Cristiandad, Madrid, 1972, páginas 182-198; 242-243.

Ver, por ejemplo: DIADOCO DE FOTICÉ, *Cien capítulos sobre la perfección espiritual*, 22, en *Oeuvres Spirituelles, Sources Chrétiennes 5 bis*, Paris, 1955, pp. 99 y 190. SAN BERNARDO, *Sermo III in Epiphania*, n. 8; (Roma, 1966), t. 4, p. 309. SAN BERNARDO, *De Praecepto et Dispensationes*, n. 36; (Roma, 1963), t. 3, p. 279.

– GUILLERMO DE S. THIERRY, *Carta de Oro*, n. 27, Madrid, 1968, p. 252.

– JUAN XXIII, *Diario del alma*, Madrid, 1964, pp. 369, 380 y *passim*.

### *I. Textos explícitos: 6,22 y 10,16*

Ver: Comentario *San Jerónimo*, t. III, pp. 193-194; 209-210.

– Profesores de Salamanca, *Biblia comentada*, t. V, BAC, 1964, pp. 246-247.

– Profesores de la Compañía de Jesús, *La Sagrada Escritura, Nuevo Testamento*, t. I, BAC, 1961, p. 132.

– SCHMID, J., *op. cit.*, pp. 203-205; 256-260.

### *II. Los pobres*

Ver: HAAG, A. y otros, cols. 1539-1541

– LEON-DUFOUR, pp. 620-622.

- Comentario *San Jerónimo*, t. III, p. 182.
- Profesores de Salamanca, pp. 84-87.
- Profesores de la Compañía de Jesús, t. 1, p. 59.
- TRILLING, W., *El Evangelio según san Mateo*, t. I, Herder, Barcelona, 1970, p. 87.
- SCHMID, J., pp. 117-118.

### *III. Los niños*

Ver: HAAG, y otros, cols. 1336-1338.

- LEON-DUFOUR, pp. 516-518.
- Comentario *San Jerónimo*, pp. 243-247; 249, 255, 276.
- Profesores de Salamanca, pp. 411-412.
- Profesores de la Compañía de Jesús, t. I, pp. 148, 226-228.
- SCHMID, pp. 285, 385-391, 409, 432-433, 504-512.
- TRILLING, pp. 137-138.